

SECCION ESPECIAL

Palabras de gracias Dr. Salomón Jorge Tercer Congreso Medicina Interna Santiago, R.D. 1ro. de Junio 1995

Queridos colegas y amigos:

No sé como agradecer este fino y generoso gesto de ustedes de dedicarme este trascendental tercer Congreso de Medicina Interna. Constituye una demostración de simpatía y estima que me halaga enormemente y que no sé si en realidad la merezco o no, pero que, de todos modos, acepto con suma complacencia. Mis sentimientos de profunda gratitud van dirigidos a mis eminentes colegas y amigos: Al doctor Edgar Luna, al doctor Daniel Rivera, a la doctora Mary de León, al doctor José de Jesús Jiménez Olavarrieta, sentimientos que hago extensivos a todos los miembros de la Sociedad. Juntos han escrito y siguen escribiendo un hermoso capítulo de la historia médica de nuestra región, capítulo en el que abundan, a lo largo de todos los años de la existencia de la sociedad, exitosos eventos científicos que honran a toda la clase médica nacional. Me siento orgulloso, como médico dominicano y como miembro activo de la Sociedad Dominicana de Medicina Interna, de participar en este extraordinario evento, que, por otra parte, reúne a destacados colegas de cuatro países hermanos.

He tenido la fortuna de vivir hasta ahora 82 años y algunos meses. De estos, 82 años, 58 los he dedicado a ejercer la profesión en esta ciudad de Santiago; si sumamos a estos 58 años, los 7 de mis andanzas por los hospitales de París alcanzan a 65 los años en los que he estado en contacto ininterrumpido con los pacientes. Me ha sido dable en estos largos años ser testigo del vertiginoso avance de la medicina en todos sus dominios. Recuerdo los tiempos en que se trataban los casos de hipertensión con purgantes, a veces purgantes muy fuertes, como el aguardiente alemán, método al que se denominaba sangría blanca; los casos leves se trataban con teobrominay, las crisis hipertensivas severas con copiosas sangrías que había que repetir a veces a los pocos días.

A las tres o cuatro semanas de haber retornado de París, en 1937, fui llamado sorpresivamente a atender de urgencia a un señor muy mayor que padecía de una severa crisis hipertensiva complicada de un fulminante edema agudo pulmonar. El anciano, casi agonizante, estaba sentado en una silla apoyada en el tronco de una mata de limoncillos. De un tirapiedras fabriqué un torniquete y pedí me buscasen una navajita Gillette. Corté una gruesa

vena del antebrazo y dejé fluir más de medio litro de sangre. El alivio fue rápido, cesó la crisis de edema agudo pulmonar, desapareció la asfixia restableciéndose progresivamente la respiración normal. No cobré honorarios por mis servicios en este caso pero mi viejo amigo no se quedó atrás, me enviaba periódicamente una botella de ron Tavares especial, muy viejo, que no estaba a la venta, reservado exclusivamente para los propietarios de aquel afamado ron; era el encargado de la fábrica productora, y tuvo la suerte de vivir muchos años luego de aquel episodio cardiovascular, disfrutando yo por igual tiempo, de aquel delicioso néctar.

No puedo resistir la tentación ahora, de referirme a aquellos lejanos días en que se consideraba la clínica francesa como la mejor del mundo.

Había en las salas y anfiteatros de los 27 grandes hospitales de París, médicos y estudiantes de todas partes del mundo, con el propósito de beneficiarse de las enseñanzas de aquellos grandes maestros: Laubry, Sergent, Leriche, Bensancon, Marion, por tan sólo citar algunos.

Al lado de aquellos y otros tantos eminentes clínicos, surge en mi memoria la figura de uno de esos maestros de la medicina francesa: la del profesor Gilbert, médico sucesor, en el célebre Hospital Hotel-Dieu, de una de las más prestigiosas estirpes de clínicos franceses encabezados por Trousseau y Dieulafoy, jefe de una escuela que se acreditaba con más de quince profesores titulares, verdadero mártir de la enseñanza que él practicó durante más de treinta años; fue propulsor y director de una de las más completas colecciones de obras científicas que el mundo ha conocido. Nada pudo debilitar su amor a la ciencia, ni siquiera la tortura cruel de un mal implacable que padeció durante años, mal que sufrió en el más estoico silencio, pues aun sus propios discípulos lo ignoraron hasta la proximidad de su muerte. El fue cual ninguno el perfecto ejemplar del maestro francés. Nadie pudo igualarle en bondad, ni superar esa suprema sencillez de que solo saben vestirse ciertos espíritus de élite, para descender de su elevado pedestal, de su fama universal, hasta el nivel de la inteligencia de un principiante. Hombre sumido en los más profundos arcanos de la ciencia, inteligencia creadora aguijoneada sin cesar por la inquietud de teorías nuevas, maestro de maestros, nunca pareció más feliz el grande, el inmenso clínico francés, como cuando iluminado el rostro

por los suaves destellos de su bondad patriarcal, cogía con sus propias manos las de un principiante y semejante al padre que enseña a su hijo a hacer los primeros trazos sobre un pedazo de papel, guiaba las manos torpes del estudiante para enseñarle a ir hacia las entrañas dolientes del enfermo, sin hacerle sufrir, e iniciarlas en la técnica sutil de la exploración clínica.

Y en esa rememoración de los inmortales de la medicina de Francia aparece ante mí la silueta singular de Armand-Delille, profesor de Tisiología infantil y Jefe del Servicio de Niños Tuberculosos del grupo de hospitales Necker-Enfants Malades. Autor de una obra ya clásica sobre Tuberculosis del Niño y del Adolescente, fue el creador de una nueva técnica para la investigación del bacilo de Koch por medio del lavado de estómago. Aun me parece ver al querido maestro, con su inagotable paciencia, retratada en el semblante una infinita mansedumbre, ir de cama en cama, en horas apartadas de su riguroso horario de labores, tratando de hacer más risueño el triste mundo de sus desventurados amiguitos. Sabedor del efecto reconfortante que su sola presencia infundía sobre los pequeñuelos, solía repetir sus visitas por las tardes y muchas veces lo vieron sentarse a ratos largos al borde de las camitas y sostener animados coloquios con sus ocupantes.

A propósito, aprovechemos la circunstancia y entremos a la Sala Cruvielhier a la hora de la visita reglamentaria matinal. Esta sala está destinada a las niñas, casi todas portadoras de graves lesiones tuberculosas pulmonares y admitidas en el Servicio para someterlas a un tratamiento con pneumotorax, antes de enviarlas a los sanatorios. A uno y otro lado del pasillo central hay dos hileras de camas ocupadas por niñas cuyas edades varían desde la de algunos meses hasta la de trece años. Algunas camas aparecen rodeadas de altas mámparas detrás de las cuales, agotados todos los recursos, agonizan, en medio del terrible silencio de la sala, las criaturas para las cuales ya no hay nada que hacer. Al día siguiente aparecen vacías las camitas, lavado el vómito de sangre, brillosas de limpias las sábanas, en espera de nuevas pacientes. Es este, el de Tuberculosis Infantil, el Servicio hospitalario donde la mortandad alcanza su más aterradora cifra y es también este, donde el ejercicio de la Medicina muestra toda la grandeza de su elevado fin humanitario.

Olvidemos por un momento estos tristes

recuerdos y dirijamos nuestros pasos, una tarde de mayo de 1933, a la Facultad de Medicina en el corazón mismo del Quartier Latin.

En la inmensa sala de los Pasos Perdidos se encuentra reunida una multitud abigarrada y bulliciosa procedente de los cuatro puntos cardinales de Francia y del planeta. Grupos de jóvenes de ambos sexos se pasean nerviosamente de un extremo a otro de la sala portando voluminosos legajos compuestos por notas sobre las últimas conferencias; nuevos signos que agregar a los que ya se conocen sobre la Enfermedad de Durozier; programas de exámenes; posibles cuestionarios de los próximos concursos; y mil asuntos relativos a la Facultad o a los Hospitales. Pero la concurrencia es hoy más numerosa que de costumbre, el enorme vestíbulo sigue siendo invadido por grupos de estudiantes y médicos que llegan sin cesar; pronto llena todos los ámbitos del recinto un murmullo ensordecedor.

Es que se trata de un día excepcional.

A las cinco de la tarde pronunciará su última cátedra, su lección terminal de jubilación, el Profesor Calmette, discípulo de Louis Pasteur, creador de la famosa vacuna BCG que habrá de hacer desaparecer un día la enfermedad tuberculosa en el género humano. Todavía resuena en mis oídos el eco vibrante y sonoro de la ruidosa ovación que le tributó la juventud estudiosa de Francia. El viejo maestro, visiblemente conturbado por el ruidoso homenaje, da comienzo a su histórica lección y nos habla de su maestro Pasteur, de Roux, de Yersin, de su colaborador Guérin, de sus discípulos, que han de recoger la antorcha de sus trémulas manos y seguir con nuevos bríos la ruta trazada por Pasteur. De pie ante la amplia tribuna del Gran Anfiteatro, el anciano recorre ahora el largo camino de más de cuarenta años de investigación científica; las enormes dificultades que hubo de vencer; los fracasos iniciales; la indiferencia con que fueron acogidos al principio sus trabajos; aquella catástrofe de Lubeck que estuvo a punto de arruinar para siempre la gigantesca labor de muchas décadas; luego los primeros resultados alentadores y, por fin, la consagración del método en Francia y sobre todo en el extranjero. Habla con voz pausada y lenguaje sencillo. Se dirige a la juventud que le escucha en medio de un profundo recogimiento. Es la despedida del sabio. Se separaba de su mundo -nos dice- del mundo de los laboratorios y de las bibliotecas en que vivió. Se refería luego al acendrado amor que

profesaba a su patria y concluyó expresando su inquebrantable fe en los jóvenes, en las manos de quienes confiaría Francia la custodia de sus fueros culturales. Sus últimas palabras, apagadas y casi ininteligibles, se ahogaron en el estruendo de una ovación interminable.

Antes de concluir deseo expresar, en estos momentos, mi tributo de admiración y afecto al compañero doctor Pablo Franco Santoni, ausente por estar recluido en su hogar aquejado de serios quebrantos de salud. El doctor Pablo Franco constituyó una de las más sólidas columnas de la Asociación Médica de Santiago. Fue uno de los primeros, conjuntamente con los doctores José Mercedes Sánchez y Nicolás Penzo, en concebir y materializar la idea de fundar la Asociación Médica de Santiago. Su laboriosidad y entusiasmo eran una permanente fuente de inspiración para todos los que laboramos junto a él. Asistió durante años con religiosa puntualidad a todas las reuniones científicas y sociales de nuestra Asociación. Me creo en el deber de rescatarlo del olvido e indiferencia del que ha sido involuntaria víctima.

Por la misma ocasión saludo aquí esta noche la presencia del doctor Santiago Bueno, uno de los primeros miembros de la Asociación Médica de Santiago. Magnífico clínico y laborista, humanitario hasta el exceso y tan infatigable con sus piernas como con sus cámaras fotográficas.

Considero por igual un elemental deber mío el de recordar a los colegas que nos han dejado para siempre para ir a morar en la Eternidad. Escribieron páginas gloriosas en la Historia de la Medicina Dominicana. Suplieron la falta de instrumentación adecuada con el ingenio, con el corazón y sobre todo con una abnegación ilimitada. Practicaron, muchos de ellos, lo que yo he llamado el ejercicio heroico de la medicina, cabalgando por vericuetos y desfiladeros, vadeando ríos y cañadas, haciendo partos en catres destartados o en el piso de la cocina o durmiendo al lado de un tuberculoso o de un moribundo sin esperanzas. Eran médicos de una rara y noble estirpe que ya no veremos más.

Voy a mencionarles ahora con el natural recogimiento, sus nombres:

Doctores: José de Jesús Jiménez Almonte, Tomasito Pérez, Lorencito Pellerano, Juanchy Battle, José de Js. Alvarez Perelló, Federico Lithgow, Nicolás Penzo, Angelito Cordero, José Mercedes Sánchez, Pedro Guzmán, Arturo Grullón, Manuel Grullón, Félix Estrella, Perucho Jorge, Paquitín

Toribio, Radhamés Cortina, Rafael Castro, Sergio Bisonó, Quico Morel, Virgilio Almánzar, Federico Smester, Abel González padre, José Dolores Mejía, Pachelo Alba, Manolo Bornia, los hermanos Enrique, Antonio y Turbay Jorge, Antonio de Js. Camilo, Federico Rojas, Damaskino Stefanoff, Amín Khoury, Darío Castro, Jesús de Lara, Mario Cino, Napier Díaz González, Brinio Brea, Elpidio Peralta, Alejandro Espaillat, Franklin Thomén, Alfredo Haddad, Rudy Herrera, Gustavo Díaz, César Lithgow, Frank Bermúdez, Víctor Batlle, Fernando Pizano, Gustavo Gonell (Mililín), Rafael Batlle de la Maza, Pedro Garrido, Cuqui Batlle, Quique Grullón, Ulises Céspedes, Antonio Trueba, José Tomás Marín, Jaime Borrell, Miguel Angel Sabeta, Antonio Paulino, Adriano Modesto, Domingo Reynoso, Rafael Díaz Niese, Fellito Reynoso, Víctor Cantisano, Dominguito Gutierrez, José Antonio Marmolejos, Porfirio Saillant, Neftalí Núñez, Ramón Lizardo, Rafael Tolentino, Américo Tolentino, Domingo Castellanos, Lorenzo Almonte, Manolito Lora, Librado Jiménez, Juanito Lawrence, Anselmo Santelises, Hernán Franco,

José Fernández (Capitán médico), Henry Lora, Francisco Infante, Pedrito Nicasio, Avelino Jacobo, Dario Contreras, Ramón Helú Bencosme, Pedro Bircan, Brador Mañón, Felix Moronta, Luis Bonilla, Manuel Pastoriza y Ulises Jacobo.

Hubiese deseado erigir, imaginariamente, un monumento a la memoria veneranda de estos caballeros del escalpelo y del estetoscopio, que cayeron en el campo de honor del ejercicio de una de las más bellas y nobles de las profesiones humanas. Con ellos me place compartir el honroso homenaje que ustedes tan gentilmente me han dedicado. Seguro estoy de que, dondequiera que estén, conmigo también comparten la certidumbre de que esta pujante Sociedad de Medicina Interna tendrá una vida larga, inacabable, cuajada de logros y de triunfos.

Muchas gracias.

Santiago, 1o. de junio de 1995.

Doctor Salomón Jorge